El niño más cool del salón.

Por: Doctor Tennant

Cuando a Germán le dijeron que era uno de los niños más inteligentes de su escuela, en realidad le sorprendió muy poco. Lo único que él quería es hacer los exámenes para demostrarle a sus papás que sí ponía atención a las clases, a pesar de que la maestra Alejandra siempre le mandaba notas diciendo que estaba distraído. Pero cuando a Germán le dijeron que era una de los niños más inteligentes del país, fue entonces que se sorprendió bastante.

No estaba preparado para serlo, ni siquiera sabía qué es lo que debía hacer, ¿debía estudiar más? ¿debía tomar clases distintas a las de sus compañeros? … ¿debía hacer más tarea? Si bien le gustaba leer, Germán le temía a la idea de hacer más tarea; y si por ser más inteligente debía trabajar más, le parecía un poco injusto que le tocara a él ser así. A Germán nunca le había llamado la atención hacer tareas, consideraba que las tareas eran mucho tiempo de trabajo que bien podría ocupar para estar dibujando o jugando con sus robots armables. Aunque sí le gustaba leer los libros de texto y aprender, incluso tenía la tradición de cada año escolar, leer en los primeros días todos los libros que iban a leer durante el curso, y así podría hacer menos tareas a lo largo de los meses. Pero a veces sus anteriores profesoras llegaron a regañarlo al respecto, pues también se ponía a resolver los libros y cuando llegaba el momento de la clase, Germán se aburría mucho y le pasaba las respuestas a sus compañeros.

Todavía no salían al recreo cuando mandaron llamar a Germán y a la maestra Alejandra. El 5to B se quedaría sin supervisión adulta pero la maestra le pidió a Susana, la niña que siempre sacaba las mejores calificaciones y tenía la letra más bonita, que anotara en su cuaderno si alguien se levantaba o comenzaba a armar relajo. La maestra Alejandra siempre dejaba a Susana a cargo, y en esos momentos era muy mala onda, recordaba Gustavo, porque no te dejaba ir a tirar basura sin anotarte en su libreta, y tampoco te dejaba asomarte para la ventana al árbol donde siempre hay una ardilla de distinto color, y tampoco te dejaba salirte al patio aunque le enseñaras que ya habías terminado la parte del bimestre del libro de matemáticas. Así que Germán se alegró de no estar ahí cuando salió con la maestra.

En la dirección, Germán estaba algo nervioso. La directora, a la que solo conocía de las ceremonias y de una vez que se formó detrás de él en la cooperativa de la escuela, le había hablado por su nombre…. bueno, casi. Le había dicho “Hola Germancito, ¿cómo van tus clases hoy?” y a Germán no le gustaba que le dijeran ‘Germancito’, pues él se llamaba ‘Germán’ y así le gustaba que le dijeran. Pero era la directora, y todos los niños saben que los grandes se pueden ofender si se les

corrige, así que lo dejó pasar. Pero la directora no solo le había dicho por su nombre… también le dijo que había mandado llamar a sus papás.

Germán no sabía que le daba miedo que la directora llamara a sus papás, hasta que sucedió. Porque cuando la directora manda llamar a tus papás, sabes que las cosas no van tan bien. La maestra Alejandra notó su preocupación y le intentó explicar que no había hecho nada malo, que de hecho había realizado sus exámenes especiales tan bien, que habían descubierto que era uno de “los niños más especiales”. Fue hasta que llegaron sus papás que le explicaron que con “niño especial” se referían a que era uno de los coeficientes intelectuales más altos del país en alguien de su edad… pero nadie pudo explicarle cómo eso le hacía especial.

Y entonces todo empezó a ser exactamente como Germán temía que sucediera. Lo inscribieron a clases de violín, a clases de ajedrez y a clases de programación. Cada día, después de la escuela, solo le daba tiempo para ir a comer a su casa y luego trasladarse a otra escuela, donde le enseñaban a leer música, a mover piezas de ajedrez, y a darle órdenes a una computadora. Germán no tenía nada de talento musical, no le interesaba el ajedrez, y le habían prometido que podría diseñar videojuegos al aprender a programar, pero pronto entendió que faltaba mucho tiempo antes de llegar a eso. No le gustaba que ya no tenía tiempo para jugar con sus robots o leer sobre el espacio.

Germán no sabía cómo, pero ahora amaba estar en la escuela y detestaba salir de ella. La maestra Alejandra le dejaba adelantar sus trabajos, y luego lo dejaba salir a leer los libros de naves espaciales, no tan lejos del salón y sin hacer mucho ruido para no distraer a los compañeros de otros salones; incluso le había permitido hacer las tareas en la clase, para que no tuviera que hacer nada en su casa. A pesar de que la oportunidad estaba, en realidad Germán la ocupaba en pocas ocasiones, pues prefería quedarse dentro del salón mientras sus demás compañeros le preguntaban si estaban en lo correcto al resolver algunas divisiones. Incluso un día, Susana, la niña con mejores calificaciones, le pidió ayuda al resolver una operación de fracciones.

Pero el que ahora tuviera más clases, más trabajo, y peor aún... más tareas, hacían que Germán pensara que mejor se hubiera quedado tonto a tener que ser listo. Pronto, intentó hacerle ver a sus papás que no era bueno en todo lo que creían. Fallaba en los exámenes a pesar de ser el primero en terminar y saber todas las respuestas, aprendió a romper las cuerdas de su violín al tensarlas demasiado, mintió al decir que no entendía absolutamente nada de programación, y como para el ajedrez no tenía excusa, simplemente se hacía el enfermo para no ir a las clases y quedarse leyendo en su cama.

Los papás de Germán estaban sorprendidos del cambio que había dado Germán. Creían que ellos habían hecho algo mal. Así que le dijeron, que para su bien era mejor pausar todas sus clases extras, por el momento. Y Germán se enojó… sabía que si volvía a aparentar estar bien, las clases extra y las tareas extras volverían. Así que tomó aire, tomó valor, y habló con sus papás. Era ya difícil ser un niño, como que al ser un niño lo volvieran más difícil. Y sus papás, por primera vez, le preguntaron a Germán qué quería hacer.

Germán no tenía idea, pero sabía de qué quería aprender más. En sus clases de programación había visto a otros niños jugar con robots, pero era la clase de otro maestro y a él solo lo sentaban frente a una computadora. Él quería jugar con el robot, aprender a usarlo. Y sus papás lo escucharon.

Un mes después, la maestra Alejandra le permitió a Germán llevar, con cuidado y sin hacer mucho alboroto, su robot para que los demás vieran cómo funcionaba. Germán le explicó a su salón que él le había dado las órdenes para moverse de esa manera, como si saludara, y les explicó cómo la programación servía para que los robots pudieran funcionar.

Ese día, Germán por fin comprendió para qué servía ser uno de los niños más inteligentes de la escuela y del país. Así, podría convertirse en el niño más cool del salón. Y eso hacía a Germán muy feliz.